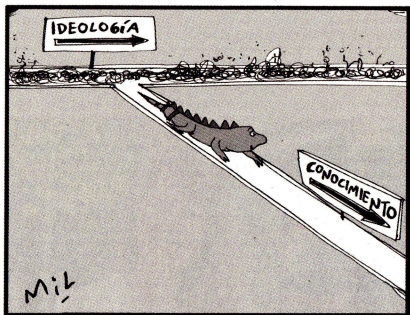


Opinión

EN CARICATURAS

Cambiando de rumbo



Guerras modernas



El arte de caminar

Existe mucha poesía, filosofía y reflexión sobre lo que significa el camino. Y más aún sobre la relevancia de caminar. Es una de las acciones básicas de los seres humanos para sobrevivir. Se camina para buscar alimento, para trabajar, para realizar la más mínima labor y para recrearse. Es instintivo y por lo mismo intralazador. Nunca se piensa en qué realmente conlleva el acto de avanzar en un camino por el motivo que sea.

Hasta hace un poco más de diez años me ocurría lo mismo. Estaba acostumbrada a realizar largas caminatas en medio de mis reportajes periodísticos en la selva, al lado de los soldados de las Fuerzas Especiales del Ejército, o en medio del cubrimiento de la confrontación armada en los campamentos paramilitares o guerrilleros. Los combatientes caminaban básicamente para perseguir o para salvar sus vidas.

Solo hasta cuando tuve la oportunidad de viajar a Uganda, en África oriental, entendí el verdadero significado del camino y de transitarlo. Allí estuve con un grupo de mujeres sobrevivientes de la guerra civil y de la violencia que impartió contra ellas Joseph Rø Kony, líder del grupo armado Ejército de Resistencia del Señor (Lra).

Ellas fueron objeto de todos los vejámenes posibles, incluida la violencia sexual, pero, como entre los conflictos y en la mayoría de las sociedades de los países en vías de desarrollo, las mujeres eran y son la columna vertebral de los entornos familiares y las comunidades en general. Proveedoras y cuidadoras, no tenían tiempo para lamentarse porque había hi-



Pasos firmes contra la impunidad
Jineth Bedoya Lima

jos que sostener y su único espacio de reflexión y respiro profundo era el largo trayecto que debían recorrer para recoger el agua vital de sus aldeas.

Varias de ellas hacían grupos para acompañarse y autoprotegerse de las brutales embestidas de los hombres de Kony y del Lra, y en la jornada de desplazamiento, hacia las fuentes hídricas, empezaron a contarse los que habían afrontado en medio de las arremetidas paramilitares de estos rebeldes.

El dolor de los hijos reclutados, niños de apenas 10 y 12 años; niñas violadas masivamente ante los ojos de sus madres impotentes y petrificadas de miedo y angustia; o unos esposos inermes presenciando la agresión sexual contra sus compañeras.

Los mismos relatos cargados de desesperanza. Y, a medida que pasaban las semanas, las mujeres fueron sintiendo que dar pasos, hablar y saber que tenían una aflicción compartida les iba dando la fuerza suficiente para resistir la impunidad del pasado y la incertidumbre del futuro.

Con el transcurrir del tiempo y la fortuna de mis viajes, encontré

la misma experiencia en el Congo y Ruanda. Pueblos africanos tan lejanos de Colombia, pero con una historia de violencia que parecía calçada.

Así, cuando regresaba nuevamente a mi realidad, pensaba qué significaban para las mujeres de Caquetá, el Cauca o Putumayo el camino y el caminar. La vida nos puso el lugar y la prueba para verificarlo. Agosto del 2015, un momento álgido, una desesperanza y una oportunidad: les hice una invitación, tal vez sin lógica, a 7 mujeres víctimas y sobrevivientes de violencia sexual de los Montes de María para que caminaráramos desde El Carmen de Bolívar hasta El Salado, para saber si ese trayecto podría ayudarnos a sanar.

Al final fuimos 700 mujeres y un número significativo de hombres que decidieron acompañarnos. Lo hicimos primero en algarabía, luego en un silencio profundo bajo los 40 grados de temperatura y culminamos los 19 kilómetros de travesía con ampollas en los pies, pero una tragedia compartida que pudimos expresar.

Ese arte de caminar nos llevó a La Hormiga, en el bajo Putumayo, luego a Buenaventura; a Tumaco, en Nariño, y a otros lugares. La última ruta la cumplimos el pasado sábado 12 de septiembre. Más de 400 mujeres y nuestros fieles acompañantes llegamos desde María la Baja hasta Mampuján. Recogimos el recuerdo de los muertos, la tristeza del desplazamiento, el peso del olvido y las heridas que a veces tardan en sanar. Volvimos a caminar con el apoyo de la Gobernación de Bolívar y de esta casa editorial. La fuerza de los pasos de quienes han sufrido violencia sexual, en los Montes de María o en Uganda, nos abrió la senda.

Quién podrá defendernos

Parece que la llamada "inteligencia artificial" va a acabar con la especie humana, según lo han dicho y vaticinado los humanos mismos que ayudaron a crearla y desarrollarla en las últimas décadas. Como si fuera una película futurista y distópica de los años ochenta del siglo pasado, y lo es, estamos abocados a nuestra destrucción inminente en manos de unas máquinas a las que nos pasamos el día y la vida alimentando y nutriendo, llenándolas de razones.

Es el mito del doctor Frankenstein: el creador devorado por su criatura, la arrogancia del progreso, que también es un mito, expiada con la vida misma de quienes lo han hecho posible. Porque además ya no es un chiste ni una ficción ("llegando al culo ya no son chanzas", dice un amigo); a la vuelta de quince años, según los expertos, la inteligencia artificial va a soltar amarras y va a actuar con total independencia de la especie humana, sin ningún reato ético.

Ese es sin duda el tema de nuestro tiempo, y se nos viene tal a la cabeza de reflexiones y admoniciones sobre los peligros de la inteligencia artificial, que tal vez la perspectiva de la extinción de la humanidad no sea tan grave, más bien un consuelo. Porque serán años y años, no sabemos cuántos, de congresos gremiales y paneles académicos, convenciones de ventas y debates políticos en los que nadie va a hablar sino de eso: "los peligros de la inteligencia artificial".



Barataria
Juan Esteban Constaín

La tendencia obvia, ante ese panorama apocalíptico, es reivindicar el humanismo, los viejos saberes de la humanidad que la han hecho ser lo que fue: la poesía, la filosofía, la música, el arte, la ciencia, la ficción. Es difícil porque ya la inteligencia artificial tiene una enorme capacidad de emulación, aunque todo lo que ha producido hasta ahora, en esa materia, es pau-

poroso, de una calidad bajísima a pesar de su aparente perfección. ¿Por qué? Por eso mismo: el género humano (increíble que ya toque hacer la precisión) está hecho de sus aciertos, por supuesto, pero también de sus errores y vacíos, sus fracasos, sus zonas grises y abismos. Hay allí una latencia impredecible y caótica que ninguna máquina, ningún algoritmo, por evolucionado que parezca, puede imitar o replicar, copiar en cada uno de sus enunciados, porque al final se trata de eso: un sistema lógico que puede ser aprendido.

Hasta ahora la inteligencia artificial ha logrado aprender y descifrar

mucho muy bien ese sistema lógico, e incluso puede llegar a superarlo de manera exponencial, que es el temor de quienes han salido a advertir, ahora sí muy en serio, que estamos a punto de ser rebasados por las máquinas y, en esa medida, como los buenos entregados nuestra vida entera, nuestra consciencia y nuestros secretos y todo lo que somos, ser dominados por ellas.

Es una caricatura, lo sé, pero es así. ¿Cómo nos vamos a salvar? Al final queda eso que antes se llamaba el alma y que es lo que acabo de decir: la condición impredecible y sagrada de lo humano, el misterio insalvable de todo lo que hacemos y que no se puede explicar, no del todo, con una serie de fórmulas binarias que son las que mueven y determinan la evolución de la llamada "inteligencia artificial".

Lo obvio, en esta encrucijada, sería exaltar el valor del clásico y señalar lo irrepetible que hay en cada obra humana que ha triunfado sobre el tiempo, porque eso es lo clásico: desde la *Comedia* de Dante hasta *Cien años de soledad*, desde los himnos homéricos, que Homero no escribió, el fue la primera inteligencia artificial de la historia, hasta las canciones de los Beatles. Pero también, y para seguir por ese camino, tenemos que cultivar nuestros errores.

Como pasaba con el heroísmo del Chapulín Colorado. ¿Quién podrá defendernos? La humanidad, por suerte, allí está la salvación.

www.juanestebanconstain.com



La obstinación del poder
Pedro Medellín Torres

La lección que deja Ecopetrol

Gustavo Petro nunca imaginó que su obstinación por mantener en el cargo de presidente de Ecopetrol a quien fuera su gerente de campaña, Ricardo Roa, terminara en el más grave caso de corrupción de su gobierno y que, peor aún, lo que creía una victoria política (no entregar la cabeza de Roa a sus enemigos) se convirtiera en una derrota que lo pone al final de su carrera política.

Con aval de una empresa de cazatalentos, en abril del 2023, Petro lleva a la presidencia de Ecopetrol al gerente de su campaña presidencial, Ricardo Roa, que ya era investigado por financiación irregular y ocultamiento de gastos. La desconfianza pública en torno a la permanencia de Roa llega al punto de que la junta directiva —un año después— contrata una firma externa para auditar los riesgos que tiene mantener esa decisión ante las autoridades estadounidenses. La suma de escándalos y denuncias de corrupción en la estatal a partir de entonces se convirtió en el síntoma de una crisis política que se formaba. Pero fue ignorada. Es lo que Steven Fink llama "sesa prodromica", que es un término que proviene de la medicina: un prodromo es un signo o un síntoma que aparece antes de que se manifieste plenamente una enfermedad.

Pese a la dimensión de las denuncias y las evidencias que aparecen a lo largo de 2025, Petro no reacciona. Se esconde en la interpretación que hace de los hechos. Su "mapa mental" lo lleva a creer que se trata de una guerra con la que el uribismo y la Fiscalía quieren "la cabeza de Roa". El problema es que ese mapa mental está cada vez más lejos de la realidad. Es lo que Karl Weick llama "colapso de sentido", que sucede cuando un gobernante trata de explicar lo que está ocurriendo con argumentos que no son reales.

Todo se agrava en la medida en que los asesores de Petro (a pesar de que pudieran estar conscientes del error de mantener a Roa) no se atrevieron a decirle nada al presidente para no incomodar o perder sus posiciones de cortesanos. Es lo que Irving Janis llama "pensamiento de grupo", y lo define como aquel deterioro de la capacidad de juicio que vive un grupo asesor que, por mantener su unidad o evitar molestias al jefe, suprime desde conversaciones y consejos cualquier opinión diferente. Son los "guardianes de la mente" que con sus actitudes y opiniones bloquean cualquier información o evidencia que contradiga las decisiones adoptadas por el jerarca o disienta de ellas.

Así, Petro nunca pudo entender lo sucedido ni qué tan grave podía ser lo que estaba pasando. Menos anticipar hacia dónde podía evolucionar la situación de Ecopetrol. Nunca se le ocurrió que detrás de las denuncias y los escándalos se escondía la peor crisis política de su gobierno. Tampoco pudo tomar decisiones (aunque fuera en condiciones de información incompleta y tiempo escaso) ni construir un relato público que explicara lo ocurrido o rendir cuentas de las actuaciones, de manera que los ciudadanos pudieran valorar si lo que se hizo fue correcto o si se trató de una tarea de encubrimiento.

Lo que se ha descubierto de ahí en adelante (los problemas de Cenit, Houston, contratos LBOC, la petición de congelar millones de dólares por presuntos pagos de coimas, la compra del gas en Houston, el cartel de los catalanes y Verónica Alcocer, hasta los vínculos del presidente encargado con "Papá Pitufo") pone a Petro como el responsable del desastre de Ecopetrol, en el que Roa seguramente se reconocerá ante los jueces como un subalterno de su jefe.

La lección no se puede perder: convertir en un punto de honor las decisiones de llevar y/o mantener a un amigo en un cargo para el que no está preparado, lejos de una victoria, siempre asegura una derrota.

* Profesor titular, Facultad de Ingeniería de la Universidad Nacional